

LECTURAS

DE

HISTORIA POLITICA DE MEXICO.

A EMILIO CASTELAR,

IGNACIO RAMIREZ.

LA EPOGA COLONIAL.

II.

El antiguo continente, atravesando el Atlántico y el Pacífico, visitó repetidas veces el Nuevo-Mundo, y se resolvió, hace cuatro siglos, á ocupar con solemnidad esa barrera interoceánica, donde la tierra, no pudiendo ocultar su figura, su tamaño ni su posición en el sistema solar, abdicó para siempre el usurpado cetro del universo; desde entónces la tierra es un planeta, y la América un satélite de la Europa: nuestra historia será, por mucho tiempo, un episodio de la europea.

¿Por qué causa poderosa los españoles emprendieron tan extraordinaria conquista?

¿Cómo, con sus elementos sociales y políticos, modificaron los que espontánea-

mente se habían desarrollado en las naciones aztecas? ¿Cómo, en fin, los títulos del conquistador fueron falsificados por las exigencias teocráticas, y estas y aquellos tuvieron que sucumbir ante la ley que rige eternamente los intereses mercantiles del mundo?

La historia colonial resuelve fácilmente esos problemas; mas necesita para ello tener á la vista las principales revoluciones físicas é internacionales del antiguo continente; las primeras son tan oscuras como antiguas; no así los fenómenos internacionales: los presentaré, por lo mismo, en un ligero bosquejo.

La superficie terrestre se levanta sobre

las aguas, ocupando cerca de doscientos grados de Oriente á Poniente, en el hemisferio boreal, y se estrecha, de modo que aparece dividida en dos porciones desiguales: la parte mayor se llama Asia, la menor Europa. Despréndese del Asia, al frente de la Europa, y prolongándose del Norte al Mediodía, el Continente africano. Entre este y las dos porciones descritas, se introducen las aguas del Atlántico, formando el famoso mar Mediterráneo; las costas europeas, asiáticas y africanas encasquillan el mar Rojo. Grupos innumerables de islas atestiguan la prolongación submarina de esos continentes.

En la región oriental del Asia y sobre el trópico de Cáncer existe un pueblo cuya extensión territorial ha variado, según las circunstancias políticas, pero cuyo centro es prehistórico, y se llama la China. Sobre un plano de seiscientas leguas de diámetro, limitado al Oeste por las más altas montañas conocidas, al Norte por los hielos de la Siberia, y al Sur y al Oriente por un mar sembrado de islas, en ese pequeño mundo se agrupan trescientos millones de habitantes, que fácilmente, á veces, se duplican por la anexión, ya forzosa, ya convencional, de las naciones circunvecinas. Esa asociación inmensa que pudiera en la guerra abrumar con su número al resto del género humano, y ha podido en la paz civilizarlo con antiguas y deslumbradoras luces, propende fatalmente al aislamiento, desdiciendo las relaciones que santifica el derecho de gentes, hasta encerrarse entre murallas prodigiosas y prohibiciones severas; tiene la presunción de que se basta á sí misma. Ella ignora que el solo impulso de su industria desequilibra perpetuamente las empresas mercantiles y las combinaciones políticas que se agitan sobre la tierra.

Desde que, retirándose los hielos al polo y á las principales alturas, algunos mares se secaron y algunos terrenos se sumergieron, y el antiguo continente se revistió de la forma que ahora presenta; calmáronse los cataclismos geológicos y han comenzado las revoluciones sociales provocadas por los intereses del comercio. Trescientos millones de hombres, formando un solo pueblo, han amoldado el suelo que hollaban á las exigencias de la vida humana; los ríos han sido canalizados, los desiertos regados, las montañas abatidas ó perforadas, las plantas han soltado sus jugos bienhechores y sus perfumes, los minerales han descubierto toda clase de elementos artísticos, y hasta los animales han contribuido al adorno y al regalo de sus señores. Pronto los chinos agotaron algunas de sus riquezas territoriales y las buscaron en las regiones cercanas creándose nuevas necesidades y despertando así la curiosidad y la codicia de otros pueblos menos civilizados. La India, el Tíbet, el Japon, se pusieron á la altura de su modelo; los tártaros y algunos insulares del Océano se acostumbraron á las sobras del progreso, obteniéndolas, cuando no por un honesto trabajo, por medio de una descarada rapiña.

Las maravillas de la industria china, las preciosas producciones de su suelo, y las invenciones de sus poetas, y las doctrinas de sus filósofos, y los descubrimientos de sus sabios, y el misterio de sus geroglíficos, se fueron propagando por tres caminos diversos hasta las últimas costas del Asia Occidental, y desde estas se comunicaron fácilmente al Africa y á la Europa.

Fué la primera de esas tres zonas mercantiles, que de la China se dirigieron hacia el Occidente, lo que ahora llamamos el Indostan; desde su península y sus islas, se propagó el movimiento por el Golfo Pér-

sico y la península arábiga; y cambiando de mares en el istmo de Suez, continuó el fenómeno comercial por el Egipto y las otras playas del Africa que reciben las espumas del Mediterráneo. Esa línea, compuesta de costas ardientes, encierra habitantes inclinados al ocio, al lujo, á la poesía y á las cavilaciones metafísicas y teológicas; sus instituciones políticas esclavizan el individuo á la asociacion, y someten la asociacion, por medio del sacerdocio y de los oráculos, al capricho de los dioses. El trabajo para esos hombres, es una maldición; el individuo no vale sino como casta; la sociedad se agrupa en torno de un ídolo; su idioma es un canto; sus monumentos son montes, unas veces artificiales y otras excavados y esculpidos; sus héroes son semidioses; sus gobernantes, sagrados; y su existencia es un consumo de leyendas versificadas y de exquisitos y variados perfumes: habitan en un sepulcro sembrado de flores.

La zona mercantil, inmediata al polo, se compone, en el Asia, de interminables llanuras; y, en Europa, de costas y de islas, abrumadas en toda su extension, por la neblina y el hielo. Sus habitantes, robustos y laboriosos, inconstantes y atrevidos, fundan sus instituciones políticas en la dignidad personal, su culto en la supersticion, sus placeres en las aventuras peligrosas, y levantan la esposa á la altura del marido, poniendo en la familia el principio de la igualdad y de todas las libertades. La literatura les debe el poema caballeresco; la sociedad el sistema representativo, y la ciencia los primeros viajes á la América, ya por el Atlántico, ya por el Pacífico. En el Asia se llaman tártaros; en Europa normandos.

Entre ambas regiones ha florecido, desde muy antiguo, en Europa y Asia, bajo

el calor de la China, la raza que puedo llamar indiferentemente ariana ó sanscrita. Esos miembros de esta familia son los mas ilustres en la historia; tibetanos, indios, persas, babilonios, armenios, godos, troyanos, pelagos, helenos, etruscos, italianos, han dejado en su tránsito una prolongada estela de gloria. Ellos han emancipado la sociedad de la Iglesia, pero han esquivado siempre el imperio de la soberanía individual; ellos han perfeccionado las artes; propenden á esclavizar á los trabajadores; ellos han propagado un solo idioma, el ariano, pero se complacen en desfigurarlo con los mas caprichosos dialectos; ellos, en fin, se burlan fácilmente de la teología, pero cren á ciegas en la metafísica: dividen el Olimpo entre Aristóteles y Homero. En todo fueron ántes medianos, ménos en la poesía, en la escultura y el comercio. Débeles este sus mas audaces transformaciones.

Los gloriosos helenos, colonizando el Asia Menor despues del incendio de Troya; venciendo á la Persia en Salamina y en Platea; retirándose del Tigris con Jenofonte para volver con Alejandro hasta el Indo; llevando al mismo tiempo sus factorías hasta las columnas de Hércules, prepararon el camino de la China á los romanos, miéntras estos ensayaban sus fuerzas, reprimiendo por el Norte á los bárbaros, y borrando en el Mediterráneo el formidable nombre de los cartagineses.

La historia de entónces fué una epopeya. Al descubrir á la república romana, murmurando los últimos cantos de la Grecia, sospecharon, los chinos, que se les habia improvisado un rival poderoso bajo el mando de los Césares, cuyo imperio llamaban el gran Thsin. Ya entónces el mundo antiguo, desde las aguas del rio Amor hasta las del Tajo, y desde los minerales de la

Siberia hasta los pequeños placeres africanos, enviaba sus metales preciosos al Imperio Celeste, en cambio de sedas, joyas, perfumes y especería. La China avanzó, pues, hasta el mar Caspio para reconocer á su enemigo; pero luego retrocedió indiferente y solo volvió su rostro para contemplar por el Asia y la Europa, ondeando su cauda de oro y de seda.

Los romanos tambien se retiraron, pero aplazando una conquista, y sin comprender que el *nec plus ultra* de su imperio se habia trazado en los geroglíficos orientales por la mano del destino. Las numerosas razas boreales, que de los antiguos recibieron el nombre comun de *scitas*, habian alcanzado no despreciable civilizacion en su contacto con chinos, persas, griegos y romanos, y se habian perfeccionado en el arte de la guerra: en la solemne entrevista del Oriente y del Occidente figuraron como auxiliares, prometiéndose un rico botin en medio de una lucha espantosa. Burladas por la paz sus esperanzas, se precipitaron sobre la Europa en invasiones tan multiplicadas, que Tácito llamó á la Tartaria, *fábrica de naciones. Officina gentium.*

Las razas meridionales al mismo tiempo se imponian á las demas como una fábrica de dioses. Ya los *yavanas*, helenos, griegos, habian recibido, con las raices sanscritas, el culto de Agnis, Ignis, el fuego; de Varuna, Urano, el cielo, y de todos los hijos de este, los Devas ó los dioses. Ya los *Thathsin*, ó romanos, por medio de Pitágoras, conocian el Rig-Veda, y repetian los versos dorados donde se revela que el Sér Supremo reposaba en el vacío cuando de su santa palabra brotó el universo. El magismo, el budismo, el mesaismo, se apoderaron fácilmente, ¡oh ignominia! de los contemporáneos de Lucrecio. La abuela de Heliogáballo destronó á Júpiter Tonante. Y un si-

glo mas tarde, el grande imperio de los Thsin, convulso, agonizaba entre las supersticiones cristianas. El Egipto, con sus eremitas, momificaba vivo al género humano.

Doscientos años acababan de pasar sobre el sepulcro de la República romana, cuando un jóven afeminado, de la raza de Sardanápalo, dirigido por mujeres corrompidas, y proclamado por la soldadesca, empuñó el cetro que agobiaba la mano robusta de un Augusto, de un Tiberio, de un Vespasiano, de un Tito y de un Severo; desde entónces se pudo predecir que la obra de los Scipiones, de los Marios, de los Silas, de los Pompeyos y de los Césares, derumbada de su gloriosa altura, sembraria la tierra con sus fragmentos. Heliogáballo preparaba una mision. Esa mision destructora perteneció á Constantino.

Favorecidos por los errores de este ambicioso, los griegos, asiáticos y europeos, concentraron su imperio en torno de las riberas del Bósforo; las razas latinas comenzaron á teocratizarse en el obispo de Roma; las naciones scíticas se esparcieron por la Germania, por las Galias y por la España; y al fin la teomanía de la raza semítica inventó una nueva religion, el *islamismo*.

¡Hé aquí los mahometanos heredando por ocho siglos el trono del imperio romano! Mucho hizo Constantinopla durante ese tiempo, con mantenerse como una potencia de segundo orden y conservar el depósito de la sabiduría clásica, tomando una parte en el comercio del mundo; mucho hizo Carlo Magno, remedando con bárbaros el imperio de Augusto; mucho hizo el Papa declarándose el gran Lama del Occidente, y mucho hicieron los españoles reco-brando en siete siglos las pérdidas del rey Don Rodrigo. Las mismas Cruzadas no sir-

vieron sino para asegurar á la media luna el comercio de transporte entre la China y la Europa. Los armenios y los venecianos se consideraban felices, cuando una neutralidad efímera y costosa les permitía llevar en sus naves y camellos el oro y la seda.

La Edad Media ha sido injustamente juzgada. Ella conocía los clásicos griegos y latinos, y aceptaba los adelantamientos orientales; depuró las religiones; cambió la arquitectura; improvisó el sistema municipal; amamantó la astronomía y la química, y nos legó la brújula, el protestantismo y la imprenta; su barbarie existía en las costumbres. Los suecos, los dinamarqueses y los noruegos son los helenos de la Edad Media.

Apoderándose de Constantinopla y de Atenas los turcos, iban á someter la Europa al Asia, los cristianos á los musulmanes, y á penetrar hasta la Península ibérica, derrocando la silla de San Pedro, siguiendo el camino trillado por los vándalos y godos. Los moros en una sola campaña hubieran recobrado el Alhambra. Y esto pasaba hace cuatro siglos, cuando se habían agotado las doradas arenas del Pactolo y del Tajo; y cuando las minas del Asia, y de la Europa, y del Africa, no producían metales preciosos con que pudiera asegurarse el imprescindible cambio de las mercaderías orientales. Dueños los turcos de ese comercio, para sostenerlo necesitaban enterrar en las cavernas metalíferas á todas las razas europeas.

Parecía inevitable, para tantos pueblos civilizados, la mas espantosa servidumbre; el esplendor de treinta siglos se apagaba en Atenas; sobre la triple corona del obispo romano iba á brillar la media luna; y entonces fué cuando los lusitanos abrieron un inesperado porvenir al universo.

En la vertiente occidental de la Península ibérica, el tempestuoso Atlántico y una

muralla de rocas penetrada por tres rios, encierran un territorio afortunado. Allí, sentados los portugueses á los piés de la vieja España, y saboreando en sus vinos la dulzura y la paz de cuatrocientos años, se aventuraron un día sobre las olas y descubrieron las Azores; avezados en la navegación, visitaron el África; osaron despues atravesar la zona de fuego, y desafiando al gigante de las tempestades en el Cabo de Buena Esperanza, arrebataron á todos los continentes sorprendidos, el comercio de la India y de la China. Animado así el Atlántico por la concurrencia de las naves europeas, se prestó complaciente al último descubrimiento del Nuevo-Mundo.

Las caravanas que atravesaban los desiertos, tenían en las fuerzas del camello la medida de las mercancías y metales preciosos, que alimentaban el acostumbrado cambio; pero los buques portugueses no encontraban oro suficiente para pagar la especería, fácilmente recogida en las islas y penínsulas de aquellos mares fabulosos: solo México y el Perú guardaban un tesoro tan inagotable como las necesidades del mundo que acababa de ensancharse. Los españoles descubrieron ese tesoro. Una cadena argentina, ensangrentada, se extendió entonces por todo el globo terrestre. Las razas escíticas se pusieron al frente de la humanidad. Apareció en el horizonte el sol del progreso.

Confúndese la imaginación ante la efímera grandeza de la España. Las razas meridionales conservan como un adorno, en la paz, sus armas vencedoras, cubriéndolas con esmeraldas y diamantes; pero los iberos, con dos mil años de lucha, desde los cartagineses hasta la toma de Granada, llegaron á connaturalizarse de tal suerte con la guerra, que no se dieron tiempo, cuando se enseñorearon del universo, para lim-

piar la tizona del Cid y de Pelayo: ni un solo día disfrutaron el lujo de la opulencia. Rindieron vasallaje á un extranjero, y este consagró la herencia fabulosa de los reyes católicos á las mas insensatas empresas. Al espirar Carlos V, aparece la España con su población diseminada por apartadas regiones: su agricultura ausentándose con los moros, su industria víctima de leyes suntuarias, sus comerciantes perseguidos como judíos, sus sabios quemados como herejes, sus libertades municipales en el cadalso, y sus flotas en mano de los piratas, quedándole en recompensa, Felipe II, la inquisición y los jesuitas.

Sus grandes capitanes, sus diestros diplomáticos, sus sabios profundos, en Flándes, en Francia, en Italia, en los mares de Lepanto, se levantaban á la altura de la situación europea, olvidando que sus luces, su destreza y su gloria podían abrir los cielos y las naciones del porvenir en los auríferos campos del Nuevo Mundo. A México no vinieron, de pronto, sino los miserables aventureros del comercio fraudulento, de la espada y del incensario.

Colón, siguiendo huellas conocidas, aunque dudosas, murió creyendo que las Antillas formaban parte de las Indias orientales, y que había descubierto las puertas y contemplado los bosques del paraíso.

Cortés asesinaba reyes sin atreverse á usurparles el trono: ¡qué digo! lo cambiaba por un título de marques, presentándose así ante los cortesanos europeos como un lacayo ennoblecido.

La audiencia, convertida en mercado, ponía en pública asta al indio y á sus bienes, y permitía que la codicia de los encomenderos destruyese los pueblos mas florecientes.

Los sabios ponían en duda la racionalidad de los aztecas.

Los navegantes no sabían levantar un plano de los mares que recorrían, y contra las protestas de hombres entendidos, conservaban como islas á Yucatan y á la Baja-California.

Los historiadores autorizaban las fábulas mas absurdas.

Los obispos preparaban los milagros y apariciones que, un siglo despues, se declararon auténticos.

Los comerciantes portugueses se veían confiscados y quemados porque judaizaban.

Se meditaron leyes, pronto realizadas, para que la naturaleza, en México, no produjese vinos, ni filamentos, ni sedas, ni loza, ni tabacos, y solamente tributase á los conquistadores metales preciosos. Los talleres y los mares se cerraron, los colegios se entreabrieron en los conventos con un inquisidor á la puerta. Los jesuitas, en fin, conspiraron contra los franciscanos, los dominicos y los agustinos, únicos protectores de los indios. La protección impartida á estos se redujo á declararlos eternamente menores.

Apareció, con el gobierno vireinal, un orden constante de cosas; la sanción de todas las monstruosidades de la conquista. Las listas de vireyes y arzobispos no deben leerse sino en la picota de la historia; los mejores se colocaron en el rango de un rector de colegio ó de un intendente de policía: ni una sola de aquellas cabezas refleja los acontecimientos contemporáneos de la Europa. Las notabilidades de México ven en la reforma un escándalo; en las guerras mercantiles de Holanda é Inglaterra un semillero de filibusteros; en la filosofía francesa un anatema; en la emancipación de los Estados-Unidos un peligro; en la expulsión de los jesuitas un secreto de Estado; en las relaciones con la China un mercado de abanicos, de peines y de tibores; en los

descubrimientos de las ciencias, ilusiones que desaparecieron ante un silogismo en *bárbara*; en el gobierno colonial una especulación; en la clase media pecheros, y en los indígenas animales. Tres clases de esclavitud, con tales elementos, se establecieron firmemente en la Nueva España, proviniendo cada una de ellas de tres diversas tiranías; la del rey, la del Papa y la del comercio extranjero.

La política indiana, como llaman los escritores á la tiranía laica, se redujo, durante el sistema colonial, á sostener un virey, fácilmente amovible, vigilado por una suspicaz audiencia, encomendándose á estas altas autoridades la dirección y responsabilidad sobre todos los intereses del fisco; agregábanse á ese doble cuerpo algunas funciones judiciales y otras de policía: la España jamás quiso conocer de la América sino el estado de sus contribuciones; prodigaba sobre otros ramos, sin advertirlo, las órdenes más contradictorias. Nada le importaba que los indígenas fuesen racionales ó brutos, libres ó esclavos, que se conservasen ó que desapareciesen; se alarmaban á veces si nuestro fértil terreno competía en sus producciones con las de Europa; desdeñaba nuestros ensayos de ilustración, y se regocijaba con la noticia de las juras en los nuevos reinados, y más aún con la llegada á Cádiz de las naves portadoras de la plata y del oro. Se dignaba también aceptar, como un regalo, un ídolo, una guacamaya ó un cacique.

Más sabio el clero, no desperdició un solo instante para extender y arraigar su influencia. Gobernó á México, en trescientos años, una cuarta parte del tiempo, por medio de sus obispos y arzobispos, sentados en la silla de los vireyes. Puso bajo su tutela por medio de la excomunión, á los vireyes laicos. Sirvió de consejero á los efímeros y

fugitivos oidores. Falló amigablemente los negocios judiciales en los pueblos recién convertidos. Fué legislador en las misiones. Monopolizó la instrucción pública. Logró convertirse en el único capitalista, explotando la usura con mayor impunidad que lo habían hecho los judíos en la Edad Media. Tuvo en los jesuitas su policía secreta, y en la inquisición el cadalso. Mezcló la sangre europea con la indígena, y dotó á su sacrílega prole con capellanías y curatos. Levantó catedrales, conventos y casas de beneficencia, mientras los vireyes no edificaban sino cárceles, hasta en su palacio, casas de moneda y oficinas de contribuciones. Arregló el tiempo civil á las festividades y á las prácticas religiosas. Confundió al indio y al español en un mismo rebaño, y confundió á Dios y al Papa en dos soberanos invisibles. Madrid no fué para nosotros sino una oficina de Roma.

Otro poder se hacía entretanto más formidable para el español, para el clero y aun para nosotros mismos, cuya emancipación colonial y religiosa meditaba. El comercio extranjero, pirata, contrabandista autorizado, con tratados ó sin ellos, inundó con sus efectos á la arruinada España y á sus ociosas colonias; el numerario que salía por Acapulco, pasando por las Islas Filipinas, se derramaba en la China; el numerario que salía por Veracruz, se repartía por la Europa para seguir el camino del Oriente: los españoles solo descontaban un modesto tanto por el transporte de esos capitales ajenos.

Las naciones directamente interesadas en el comercio libre, se llamaban Francia, Inglaterra y los Estados Unidos; España exhorcizada ya en Carlos II el hechizado, tenía á su cabeza á Fernando VII, por enseña la vela verde de la inquisición, por auxiliares á los jesuitas resucitados, y por

erario, deudas. México, en tal situación, debía civilmente emanciparse de sus conquistadores; pero necesitaba otra lucha para romper las cadenas del clero. No es posible prever si algún día no será enteramente tributario de la industria extranjera.

El caos administrativo, que llamamos régimen colonial, nos presenta varios fenómenos notables: en su seno, como en todos los cataclismos, unas clases nacen y otras mueren. Puede computarse la pérdida de la raza indígena, por lo que ha pasado en Tenoxtitlan; doscientos mil hombres por lo menos ocupaban hace trescientos años esta famosa capital, la mitad de ellos tlaltelolcos. ¿Dónde están? Si volvemos la vista hácia la Baja-California, allí, en Todos Santos, no encontraremos sino un indígena octogenario y ciego, que tal vez á estas horas descansa, con su humilde báculo, en la tumba de sus mayores. Bastaron seis ó siete jesuitas para despoblar aquella península. En cambio, la raza preponderante de los mexicanos siente circular por sus venas la sangre de todos los pueblos del mundo, y enciende su entendimiento á la movible llama de las más nobles aspiraciones. La religión y el despotismo engendraron la igualdad.

La ociosidad, por desgracia, caracterizó la vida colonial. Las autoridades civiles y eclesiásticas trabajaban una hora ó dos en la mitad de los días del año. Los hacendados entregaban sus fincas al mayordomo ó al arrendatario, y numerosas familias dependían del empleado ó del capitalista. Fué, es, para la mayoría, una profesión el parasitismo. Nos han sorprendido las naciones

extranjeras con nuestras costas desiertas, sin caminos, sin artes, sin la costumbre de las grandes empresas, sin el más ligero conocimiento de nuestros recursos, y no sabiendo sino esperar á que los mineros exporten sus metales para adquirir los codiciados objetos de otros pueblos. Los productos de unos pocos, si no es por medio de la limosna ó del pillaje, no pueden satisfacer las necesidades de todos. Menos la cantidad de la exportación que el número variado de efectos, contienen la medida de los provechos mercantiles. Los torrentes de plata que salen por las conductas no alimentan ni una flor á la orilla del camino; si esos mismos valores salieran en productos industriales!

La España perdió sus colonias porque no quiso tener en ellas sino recaudadores, sacerdotes y mineros. Naciones más industriosas, también han desaparecido por haber concentrado sus esfuerzos en la explotación de un aislado monopolio. No puede impunemente una sociedad, ser solo transportadora de efectos ajenos; solo productora de trigo, ó solo productora de metales preciosos. Entre las ruinas de Babilonia, Ninive, Troya, Atenas, Alejandría y Cartago; ante la resurrección del canal de Suez; ante la humillación de los venecianos, de los portugueses, de los españoles, admirando á esa China crisófaga, devoradora de oro sin producirlo, grabemos en nuestra inteligencia esta salvadora verdad: «en todas las revoluciones sociales, cuando no domina un cambio geológico, flota como bandera, una cuestión económico-política.»